

## *Chucho el Roto, un hijo colectivo*

**Jorge Ruffinelli**

Toda obra es un diálogo de múltiples significados con diversos lectores. Cuando Emilio Carballido publica *Tiempo de ladrones* (México: Editorial Grijalbo, 1983), esos significados se abren en abanico porque *La historia de Chucho el Roto* (tal el subtítulo) aparece como recuperando el género original (drama en cinco actos, siglo XIX, antes que la más conocida forma novelística, ambas anónimas) pero con los recursos expresivos de un autor contemporáneo y culto. Apropiación de un motivo popular, este *Tiempo de ladrones* es una puesta al día de la referida historia y al mismo tiempo una noble adaptación del entrañable tema del imaginario popular mexicano a otro orden de la creación artística. De hecho, es expresión artística antes que ninguna otra cosa.

El ladrón que roba a los ricos para repartir entre los pobres es motivo antiguo, de algún modo el de un Robin Hood autóctono. Pero en otro nivel es una suerte de fantasía compensatoria de nuestra época de crisis, la necesidad de imaginar siquiera el robo como redistribución de la riqueza, un orden social más justo, y junto con ello, el placer de advertir en la historia de Chucho el Roto la habilidad y el ingenio con que se saquea a nuestros saqueadores, con que se roba a quienes han robado nuestro trabajo bajo la forma de la explotación y la plusvalía.

¿Términos marxistas? En sus notas finales sobre el tema, Carballido se pregunta: “¿podemos pensar que [Jesús Arriaga, alias Chucho el Roto] hubiera leído el Manifiesto del Partido Comunista? La primera edición de Nueva York es de 1872, la primera francesa y la inglesa, de 1848; cabe considerar la facilidad de que llegaran copias y de que hubiera traducciones clandestinas.” Y en la obra misma, Carballido hace reflexionar a Chucho, frente a Peludo, en términos didácticos y dialécticos, sobre el ciclo de explotación del trabajo: “Esto tiene su nombre, lucha de clases, así se llama. Y ellos se llaman burguesía. Y tú y yo somos proletarios. ¿Y qué nos roban? Esa energía que mueve el mundo. Se llama fuerza de trabajo.” Probablemente quiso Carballido en estas únicas postulaciones teóricas del personaje (completadas por otras igualmente breves que citaré después) mostrar un pensamiento claro de situaciones y por ende la conciencia de sus propios actos,

acaso porque, por su lado, nunca se conoce el origen de la rebeldía de Chucho el Roto, el medio del cual proviene ni las circunstancias que dieron origen a estos esbozos de ideología. En los actos, es simplemente un ladrón simpático que se conmueve con el dolor de los pobres, y un prestidigitador capaz de poner unas monedas de oro en las bolsas de un anciano para no herir su sentimiento haciendo explícita la limosna. En todo caso, Chucho el Roto es un individualista, más cercano al anarquismo que al marxismo, un héroe que se vale por sí mismo, o con la ayuda de unos pocos cómplices, y que no busca levantar los ánimos de la gente, incitarlos a la rebelión. Ni siquiera emplea su carisma para un fin de esa índole. Hábil para los disfraces, para pretender identidades que no son la suya, intenta siempre burlar al rico, al usurero, a la autoridad represiva, revelando finalmente quién es él por el placer de la sorpresa. Chucho el Roto es personaje del imaginario popular, a medio camino entre la rebeldía anárquica y la conciencia social y política; expresa la atribulada formación ideológica del siglo XIX, claro que mucho más identificado con los liberales que con los conservadores. Los diálogos con Peludo que Carballido le atribuye son impostaciones que es preciso aceptar por convención dramática antes que por verosimilitud realista.

*Tiempo de ladrones* se estructura en dos Tandas con dos Jornadas cada una, más "Cuatro aventuras para sortear" que entrarán o no en programa. Los diálogos son chispeantes, aguda la confrontación de personajes y el diseño de las situaciones. Carballido es autor teatral (y narrador) de talento y experiencia innegables, y era de esperar este admirable resultado aunque fuese provisorio, aunque falte completarlo cuando la obra sea representada. Hay un constante humor que va alternando sus ribetes: de la sátira "liberal" y anticlesiástica ("A mí no me pasan los sacristanes"), a un humor más áspero y escatológico (la escena enmierdada de "Chez Frau Schiller"), salpicado con una simpatía obvia por los desamparados, con la admiración por su héroe y sus habilidades, y con una constante denuncia contra las instituciones del poder. Así pasa, por ejemplo, con "La aventura del Monte de Piedad," en donde el Estado se convierte en un usurero. En todo caso el humor sirve como bálsamo, y la risa tiene el carácter vengativo del propio héroe, ya que festeja sus actos contra los poderosos y, ante todo, las humillaciones a que Chucho el Roto los somete.

En la historia de Chucho el Roto está también el dolor, la acechanza del peligro, la cárcel, la muerte, Belem, San Juan de Ulúa, los castigos corporales, el asesinato. Mientras que Chucho el Roto es héroe romántico (jamás mata a otro ser humano, no es violento), se descara la violencia intrínseca de una sociedad organizada para defender la propiedad burguesa, sus equívocos valores y un sistema indiferente a la justicia. La justicia institucional está ausente y por ello Chucho la encarna episódicamente. Encarna también una historia de amor, de amoríos, de paternidad atribulada. Sus dos amores son socialmente contrapuestos: la cieguita Consuelo, humilde como él, madre de su hijo, y la aristócrata Matilde de Frissac, que le da una hija. A partir de estas geometrías del afecto y el erotismo se teje la historia íntima de Jesús Arriaga, aquélla que lo hace un poco menos héroe, más humano, más como nosotros. El robo de su propia hija, y la huida de ésta cuando rechaza el estilo de vida de su padre: dos épocas, un drama. A raíz de

su reencuentro accidental con Matilde, Chucho el Roto tiene la oportunidad de poner relieve en esta diferencia de clases que su propia hija ha hecho evidente al vivir en dos familias diferentes, y subraya la condena del pobre: "Los buenos olores son un gran privilegio. Los pobres somos asquerosos, sudamos mucho, hay poca ropa limpia, unas cubetas de agua fría para lavarnos, agua escasa . . . Y nadie nos enseña a gozar."

Carballido disfruta con su historia y sus personajes. Como en tantas otras de sus obras, las hace vivir con diálogos que sacan chispas. Aquí, en la historia de Jesús Arriaga, toma un motivo no sólo conocido sino muy difundido, pero innova con él desde el momento mismo en que debe elegir episodios en desmedro de otros, poner algún rasgo relevante en su héroe, distribuir las acciones, modernizar la relación entre los personajes. Así, convierte a Rorro y Marciano en una pareja de homosexuales. Actualizar, modernizar, quitar el polvo, encontrar sesgos que impliquen nuevas vigencias, en suma, hacer vivir en términos nuevos lo que subyace o forma parte de una cultura, ésa sería labor de un escritor en épocas como la nuestra (y acaso en todas las épocas). En contra de los desvencijados, diluídos y derogados mitos de la *intelligentsia* burguesa y los tigres de papel que son los viejos héroes de nuestra literatura, hay actualmente una búsqueda de raíces populares que acaso puedan salvar, remozando o renovando, los valores en decadencia. Al narrar en sus notas cómo escribió esta obra, Carballido alude a la continuidad y permanente rescate que llamamos tradición, y que es, hoy por hoy, una opción válida del escritor hispanoamericano: "Conviví un año breve con el mundo de Chucho y de su pandilla, y lamenté que el plazo de entrega en el contrato [con el INBA] me impidiera seguir agregando episodios indefinidamente. Otros lo harán, después de mí: Jesús Arriaga, (a) Chucho el Roto, hijo legítimo de los sueños del pueblo mexicano, tiene un sitio garantizado mientras dure nuestra memoria colectiva."

*Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias*  
*Xalapa, Veracruz*